

Reseña

Infantería Intelectual sobre los Maestros Rurales

Título: Formación de maestros en el Estado de México.

Autor: Maximino B. Ortiz Jiménez.

Edición: Escuela Normal Superior del Estado de México.

Número de páginas: 170.

Año: 2005.

Son diversos los aportes que encontramos en la lectura del libro, que van desde el planteamiento metodológico hasta la interpretación de la historia que se narra de manera magistral. Se conjuntan escritura, voces e imagen: un trabajo minucioso de archivo, de historia oral y de recuperación visual de archivo fotográfico que ilustra el pasado de la Escuela Normal Rural de Tenerife.

Se aborda un tema y sujeto de la historia de la educación: la formación de maestros. Es un tópico que, como se escribe en el libro, ha sido central en el campo educativo del país; pues es impensable hablar de la escuela si no se menciona el tema de la formación de maestros. Esto nos lo recuerda el autor del libro, al dar cuenta de distintos discursos educativos, políticos y pedagógicos que se han escritos a lo largo del tiempo.

En este sentido, ha sido un acierto tocar como sujeto de indagación a la Escuela Normal Rural de Tenerife, porque se muestra cómo un espacio educativo se construye, conserva y permanece renovado, a partir de su propio esfuerzo que enfrenta fuerzas contextuales que a veces van en la misma dirección pero otras pretenden ir en un camino contrario.

Por nuestra parte, como lectores, hallamos que el autor del libro se propone un oficio de historiador al desarrollar una microhistoria dentro de la historia. Es decir, dar cuenta de la política educativa en el contexto social, relacionar la historia regional y colocarse en el estudio

de caso. Un diálogo entre la estructura social del tiempo que se narra y el “universo” micro de la Escuela Normal Rural de Tenerife.

En esa microhistoria encontramos el paso de la concepción mística a la concepción racionalista de la formación de maestros, cómo se transita de las ideas posrevolucionarias del apostolado magisterial a las ideas modernas de la búsqueda de la verdad sustentadas en el pensamiento racional.

Esto es un aporte que contribuye a discernir, en el debate actual de la formación, el proceso de secularización de la figura del maestro: un proceso que inicia con la mística del Sr. Maestro y que ha avanzado hasta la idea del maestro como mediador. La formación de profesores nos muestra el autor no es ajena a las tensiones políticas y sociales del momento, porque es esencialmente parte del proyecto de sociedad que se enarbola.

En el libro encontramos una narración, en el sentido hermenéutico, que se propone Maximino, el cual articula los contextos nacional, regional, local e institucional. Esto lo registramos en la estructura:

- En la primera parte nos sumerge en la historia nacional de la educación, enfocándose en la formación de maestros.
- En la segunda parte nos presenta la historia estatal relacionándola con la historia nacional.
- En la última parte nos lleva por el camino que ha seguido la Escuela Normal Rural de Tenerife.

Ese recorrido nos recuerda qué tan importante es la historia, cuando hoy es usual hablar de innovaciones educativas. A esto le agregamos, motivados por la lectura, que en ese afán innovador es escasa la retrospectiva de nuestro quehacer educativo; por ejemplo, en la actualidad predomina el discurso de los organismos internacionales como UNESCO, que estable una educación para la vida ligada al mundo del trabajo. ¿Qué novedad podemos encontrar en ello? Maximino nos ilustra con referencias históricas: una finalidad de la educación rural ha sido vincularse con las necesidades sociales, proponiéndose una formación integral no solamente como resistencia ante la incertidumbre del contexto, sino como esencia misma de la emancipación del hombre en la acción del trabajo y la educación.

En otras palabras, la dimensión de la educación rural mantiene un horizonte científico, cultural, humano y de trabajo de mayor

envergadura que las nociones modernas de educación para la vida. En una parte de la obra leemos que de manera conjunta con la apretura de las escuelas rurales se buscaba la formación de nuevos maestros que tuvieran un perfil integral y estuvieran comprometidos con la comunidad; citamos textualmente:

a) Personas sin conocimientos científicos, pero con preparación necesaria para resolver los problemas que plantea la vida de las comunidades; b) Personas con conocimiento profundo del medio y espíritu constructivo ligado al campesino y con sensibilidad para entender y valorar sus dolores y amarguras; c) Personas conocedoras de la comunidad sin actitudes de superioridad y con calidad de dirigentes sociales (p. 25).

Reiteramos que Maximino logra interesarnos por nuestra historia; el pasaje anterior, es sin duda, educativo. Se nos muestra un proyecto de formación de maestros como parte de un proyecto de sociedad: la educación ligada al desarrollo. Maestros como personas esencialmente humanas, sensibles, comprometidas, conocedoras, preparadas, con conocimiento y entregadas al bien comunitario.

En otras palabras, es un principio no sólo como sentido de la formación educativa sino como fundamento de una formación sólidamente humanística y comprometida socialmente; incluso no se requiere pensar en una disociación entre escuela y sociedad, ambas aparecen en el mismo núcleo de la formación. Es un aporte fundamental del autor traer a cuenta ese tipo de relato.

En otra sección del texto, el autor nos fortalece esta lectura del compromiso sociopedagógico y cultural del proceso de formación de los maestros, cuando leemos acerca del proyecto curricular de la Escuela Normal Rural, citamos:

El proyecto curricular intentaba dar a los alumnos una preparación, indispensable para el trabajo de incorporación cultural que realizarían; una preparación profesional, que los capacitara para el ejercicio del magisterio y una preparación práctica conveniente para la agricultura, crianza de animales, oficios e industrias rurales (p. 26).

Estos pasajes son aportes invaluable, en los que Maximino nos recuerda que en la educación normal rural encontramos raíces de nuestra identidad educativa, pues es aquí donde se conservan lineamientos pedagógicos y culturales para la formación de los maestros; es decir, en la génesis de la formación adquirida en la escuela normal rural hallamos en esencia la idea del servicio social de la educación vinculada con la comunidad. Esto, sin duda, desmitifica la

tesis moderna de los organismos bancomundialistas de educación para la vida, que la preposición *para*, denota instrumento, y la educación no es un instrumento. Con lo que aporta el autor del libro nos coloca en la concepción de la educación social con espíritu de servicio comunitario, que atiende a grupos e individuos con una sólida perspectiva pedagógica arraigada al trabajo educativo y social.

Otra contribución del libro es que el proceso histórico no es lineal sino algo complejo y accidentado. Si leemos entre líneas la historia, como señala el autor, nos daremos cuenta que no sólo es discurso político, educativo y pedagógico, también es sensibilidad, tradición y cultura. Lo cotidiano es una mezcla de voluntades, disposiciones y resistencias. Citamos un pasaje que ilustra lo anterior:

Pero los problemas educativos, no sólo eran de teoría pedagógica, sino también de actitud ante los alumnos, ante la escuela, es decir, los cambios educativos enfrentaban prácticas, costumbres y tradiciones educativas. Así tradición y nuevas teorías educativas se entrecruzan y pernean la vida cotidiana de la escuela [...] (p. 62).

Es interesante el planteamiento de Maximino, porque la Escuela Normal Rural de Tenerife es presentada como un campo de poder-pedagógico, que enfrenta tensiones del exterior y del interior: políticas, teóricas (pedagógicas), sociales, culturales y económicas.

De esta forma llegamos a uno de los planteamientos esenciales de la obra: la reconstrucción y narración hermenéutica de la Escuela Normal Rural de Tenerife, un constante análisis para la comprensión del desarrollo histórico caracterizado por esa complejidad entre teoría y cultura. Observamos el tránsito de un universo formativo que genealógicamente se manifiesta desde 1927 con la Escuela Granja y que se mantiene hoy dentro de lo que conocemos como la Escuela Normal Rural de Tenerife.

No se olvidan los vericuetos en el momento de la Escuela Central Agrícola (1927), la Escuela Normal Rural (1942) y la Escuela Regional Campesina (1934-1942). Problemáticas que se enfrentaron en la concepción educativa, naturalista, racionalista y socialista; y los vericuetos, en el desarrollo social y las posturas políticas no siempre han sido coincidentes con las expectativas de la formación de los maestros.

Para finalizar esta reseña, únicamente nos resta decir que encontramos una concepción de la formación de los maestros ligada a

los grandes problemas nacionales del campo: el trabajo y la educación; en donde la Escuela Normal Rural de Teneoría aparece como síntesis de las relaciones sociopedagógicas ligadas a un proyecto de país, que con el tiempo se dio forma para llegar a ser lo que es ahora.

rpff@uaemex.mx

René Pedroza Flores. Investigador del Centro de Estudios de la Universidad Autónoma del Estado de México.